

DIOS SUPERIOR Y PADRE (1)

Ya estáis aquí, hijos míos; bajo la dirección de vuestros profesores, cada uno ocupa ya su lugar en el colegio, los hijos conocen á los padres, y los padres comienzan ya á conocer los hijos, y, después del descanso de las vacaciones, ha comenzado otra vez el imperio del trabajo; poco á poco van restableciéndose la disciplina y el orden, y los rezagados han concluído de engrosar las filas. En suma, creo que Dios tiene motivos para estar satisfecho. Comenzáis bien, hijos míos, y dice un antiguo refrán, que comenzar bien es hacer la mitad de la tarea.

Cuando uno entra á una casa, la primera obligación es la de hacerse presentar á la señora y al señor, y, dándose á conocer, saludarles. Yo soy, hijos míos, el encargado de presentar mi familia al que es aquí más padre y más señor que yo. El día de la apertura os lo dije en la iglesia: el primer superior, el primer director, el primer maestro aquí es Dios. ¿Cómo y por qué títulos es aquí Dios todo eso? Permitidme el placer de explicároslo: conoceréis así vuestros deberes para con Su Majestad.

I

Hay familias, hijos míos, en que falta el padre; conoceréis algunas por cierto; y ¡qué desgracia tan grande! Como consecuencia de esa desgracia sucede á veces, sucede con frecuencia que decae la casa, se arruinan los negocios, se funde la fortuna, y el desastre no se deja esperar; la ruina viene: ¡No hay padre! Se debilitan y languidecen los hijos faltos de recursos: no tienen pan, no tienen quien les sirva de guía; imperan el vicio y el desorden: no hay padre. Después en la frente se pinta la inquietud, desolado está el hogar, y en la mesa de familia no se ven sino el agua de la angustia y el pan de la amargura, la tristeza y el dolor reinan por doquiera: no hay padre.

(1) Conferencia á los alumnos del Colegio de San José, en Lila.

Pues bien, hijos míos, hay que decíroslo: en este caso se hallan muchas casas de educación. Se las conoce con el nombre de "Escuelas sin Dios." Pero, ¡si no pueden encontrarse juntas estas nos palabras! No me explico cómo tales casas conservan el nombre de escuelas ó de internados: podría dárseles mejor el nombre de casas de huérfanos, porque ¿qué son sino huérfanos desgraciados los que en ellas viven? Mas volvamos la vista, teniendo lástima de esas casas que, careciendo de Dios, están sin padre.

Cosa nueva por cierto, y extraña por demás, es la pretensión de la escuela que quiere vivir sin Dios; y por más que invoco el recuerdo de los hombres, en la historia de la educación, no encuentro ejemplo de suicidio semejante. Estáis estudiando la antigüedad pagana; preguntad á sus historiadores; preguntad á la Grecia, y la Grecia os responderá por Platón, por Aristóteles y hasta por Aristófanes, que no es posible formar hombres sino en las escuelas en que se comienza por enseñar el respeto á los dioses. ¡Con qué cáustica ironía no ridiculiza el gran satírico ateniense á los sofistas que corrompían á la juventud, debilitando sus creencias! "No se formaron, dice Aristófanes, con tales enseñanzas los héroes de Maratón, aquellos jóvenes sencillos, castos y valientes que entonaban en sus escuelas himnos religiosos" Si os parece mejor, preguntad, hijos míos, á vuestros autores latinos, y por Catón, Cicerón, Virgilio, Horacio y Séneca, os responderá Roma, que "sola la religión puede dar pureza á la juventud, dignidad á la vejez y honor á la patria."

Esto lo escribía el voluptuoso Horacio. Sentía ya el escéptico que con el culto de los dioses se iba á grandes pasos, para no volver más, la robustez de la patria. Que también ensayó Roma la escuela sin Dios, y tristes fueron por cierto los resultados. Asustado el poeta, se dirige al siglo que comienza para que vuelva á la antigua religión, si quiere reconquistar la antigua gloria. *Hinc omne principium, huc refer exitum.* Aquel futuro siglo á quien dedica

su *Carmen sæculare*, iba á ser el siglo del gran despertar, porque en efecto aquel siglo dio al mundo ya expirante, al que los ángeles de Belén llamaron Salvador, al que os pido en este día que saludéis como á vuestro primer Jefe y á vuestro único Maestro: *Magister vester unus est Christus.*

Grato me es á este respecto el título que un doctor cristiano, Clemente de Alejandría, dio al más célebre de sus libros: *Pædagogus*, EL MAESTRO. Sucedió esto en el siglo segundo, en la ciudad de Alejandría, famosa por sus grandes escuelas, tanto como por sus grandes idolatrías y sus orgías célebres. Mientras en el Museo y en el Serapeo, florecía la filosofía de Amonio y de Plotino, dirigía una más modesta escuela un maestro cristiano. Era la de las catequesis, nombre que se daba entonces á la enseñanza de los fieles y de los catecúmenos, y aquel maestro era Tito Flavio Clemente, ateniense de nacimiento, pagano convertido, que, después de recorrer todas las Iglesias de Oriente y de Italia, había llegado á Egipto, donde el Obispo le había confiado aquella enseñanza superior y familiar. Lo primero que protestaba al comenzar sus lecciones era que no era él el verdadero maestro de aquella escuela, que el maestro era el Verbo; y al presentarlo á sus discípulos, se expresaba en estos términos tan dignos de admiración como de amor: "Nuestro Maestro, hijos míos, es semejante á Dios, puesto que es Hijo de Dios, Dios hecho hombre para ser nuestro guía y nuestro modelo. Vamos, pues, á su escuela, y trabajemos para hacer nuestra alma semejante á él."

Siendo esto así, es preciso saber de qué manera reinará Cristo en nosotros, de qué modo será todo para nosotros. Y para que ninguna sorpresa experimentéis después acerca de este punto, voy á daros á conocer el lugar que ocupa Dios en este colegio.

II

Por todas partes aparecen aquí, hijos míos, la idea y el nombre de Dios. A vosotros los más jóvenes os intro-

duciremos en el mundo de la naturaleza por la consideración de sus obras, y cada vez que, en presencia de las maravillas del mundo, desde el cedro hasta el hisopo, nos preguntéis ¿quién ha hecho todo eso? ¿quién lo gobierna? ¿quién lo conserva? os haremos levantar los ojos al cielo, y nuestra respuesta será: ¡Dios!

No de otra manera, vosotros los mayores, cuando entréis en el mismo mundo por el camino de la ciencia, y os embarguen la sorpresa y el asombro ante los seres infinitamente grandes y ante los infinitamente pequeños, y nos preguntéis quién ha dictado leyes á los cuerpos celestes y á los átomos, quién ha escrito su nombre en la estrella que brilla en el firmamento y en la gota de rocío que se mueve en la brizna de hierba, no os entretendremos con explicaciones sobre las causas segundas, sino que, siguiendo á todos los genios y á todos los siglos, subiremos en línea recta á la causa única primera, y nuestra respuesta será: ¡Dios!

Cumpliendo con nuestro deber, os daremos entrada en el mundo de la historia. Y cuando veáis cómo los imperios se suceden á los imperios, y se mezclan los grandes crímenes con las grandes virtudes, y en pos de los progresos vienen las decadencias, y el reino de los malvados sigue al reino de las gentes honradas, nos preguntaréis quién tiene la llave de esos misterios, quién es capaz de poner orden en ese caos, y quién dirige al hombre, cuando el hombre se agita; no abusaremos de vuestra credulidad, contestándonos con las vanas fórmulas de un determinismo que es la ley glacial de la fatalidad, sino que os mostraremos la mano que tiene la balanza del destino, os nombraremos la Providencia, y una vez más será nuestra respuesta: ¡Dios!

Os llevaremos al mundo de lo bello, al mundo de la poesía, de las letras, de la elocuencia y de las artes. Allí encontraréis todo lo que es capaz de agrandar, todo lo que puede elevar: el talento con su gracia encantadora y ar-

moniosa, el genio con sus vuelos y sus sublimidades; y, cuando transportados á los últimos límites de las concepciones del hombre, os preguntéis anhelantes qué es ese más allá que presentís allá lejos y no podéis alcanzar, qué ideal es ese tras el cual vais, y que es más bello que todo esto, y más grande que todo esto, y más verdadero que todo esto, os señalaremos lo infinito, os nombraremos al Altísimo; nuestra respuesta será: ¡Dios!

Os llevaremos al mundo de la filosofía, y cuando, cansados de sistemas contradictorios, entréis de lleno en el fondo de las cosas para encontrar finalmente un sér primero y necesario, un sér soberano, principio y eterno fin, idea sustancial, ley viviente de los seres, incomprendible á toda inteligencia creada, único capaz de explicarlo todo, luz de nuestro pensamiento, móvil de nuestra conciencia, atractivo de nuestro amor, llave del mundo, llave de las almas, llave del cielo; si entonces nos pedís os digamos su nombre, descubriéndonos delante de EL, como hacía el gran Newton, nuestra respuesta será: ¡Dios!

Vedlo, pues, hijos míos; aquí la idea y el nombre de Dios están por todas partes: son el sol que todo lo ilumina. Pero esto no basta. Os advierto también que por todas partes se siente aquí la presencia de Dios. Nosotros, mis compañeros y yo, podremos estar ausentes, alejados de vosotros, distraídos; pero siempre y en todas partes hay cerca de vosotros alguien que nunca os abandona, alguien que jamás os pierde de vista, que os envuelve con su mirada, y os protege con sus manos, que os vigila, y os sigue en vuestros pasos, que sorprende vuestras conversaciones, que penetra en vuestro pensamiento, que habla á vuestra conciencia; que es el que gobierna y dirige las conciencias. En verdad, no hay nadie más que EL entre nosotros; nadie le reemplazará aquí, y EL solo reemplaza á todos. Así pues, el que aquí tiene el cetro, ese celestial, cuya mirada, cuya mano y cuyo oído están por todas partes, es nuestro primer superior, nuestro primer inspector, nuestro primer maestro: ¡Dios!

Y no he hablado todavía más que de su presencia general que envuelve á todas las criaturas del universo entero. Ahora bien, ¿qué veo yo de especial aquí, entre nosotros? *Omnia plena Deo*. Que se multiplican sus imágenes al rededor vuestro; que no podéis dar un paso sin encontraros con su cruz, ó sin andar entre las representaciones de sus misterios: no me refiero á esto. ¿Quién es el que tiene aquí su palacio más grande, más hermoso, más bello que todas nuestras otras habitaciones? ¿Quién es el que posee aquí dos residencias, en las que arde noche y día, delante de su faz, la lámpara sagrada del altar? ¿Quién es aquel cuya santidad adorable nos hace hincar la rodilla ante su tabernáculo? ¿Quién es aquel cuya vida se perpetúa aquí en esa serie de fiestas que se eslabonan en el transcurso de nuestro año escolar para alegrarlo, embellecerlo y santificarlo? Vuestros corazones lo han nombrado ya. ¿No puedo deciros, pues, ¡oh niños privilegiados! como se decía de Israel, que no hay nación tan favorecida como la vuestra, y que nadie como vosotros tiene á su Dios á su disposición?

Otra cosa todavía, hijos míos. No sólo reinan aquí, por todo, la idea, el nombre y la presencia de Dios; hay más aún: á todo alcanza su autoridad. De la suya emana en absoluto la nuestra; así que, nuestra misión se reduce á hacer ejecutar su ley, comenzando por tomar sus órdenes. En efecto: ¿qué hacemos cada día muy temprano antes de que vosotros lleguéis? Vamos “á pedir órdenes,” como se dice en las oficinas. A las cinco de la mañana se reúnen vuestros maestros para entregarse á la meditación que hacemos en común. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué hacemos allí? Vamos todos unidos á recibir órdenes de la autoridad divina para el empleo del día que comienza. *Domine*, le decimos, *¿quid me vis facere?* Y cuando un instante después suben al altar los sacerdotes es, sin duda, para inmolar á AQUEL que se digna descender hasta ellos; pero también para inmolarse ellos mismos á la voluntad

del Dios que tienen en sus manos: *¡Fiat voluntas tua!* Hé aquí el Maestro de vuestros maestros.... ¿Qué conocéis más grande? Y añadido en seguida.... ¿Qué conocéis que sea mejor? Y ahora, otro es el reino que reivindico en su nombre: el reino de su amor. En todo y por todo se encuentra aquí también su corazón. Nuestro maestro es padre. Así le llamáis todas las mañanas, de rodillas, desde vuestra más tierna infancia. “Padre nuestro, que estás en los cielos.” ¿Qué es lo que recibe un hijo de su padre? ¿La vida? Dios os la ha dado; acordaos de la pila bautismal de donde ha brotado para vosotros. ¿La mesa? También os la ha dado Dios: mirad al tabernáculo. ¡Y qué mesa la de Dios! ¡Qué pan! ¡Qué vino! ¿El patrimonio? ¿La herencia? Mirad al Cielo: es para vosotros, ¡Ah, ya lo sabía yo! “Nadie es más padre que EL”; y no temo decir que para nadie lo es como para vosotros.

Nada más grato para mi corazón, hijos míos, que promover aquí el reino del gran Maestro, que es mi Jefe como lo es vuestro. Dejadme, pues, que sea yo el primero que le preste juramento; y en este primer Domingo en que nos recibe á sus pies, séame permitido decirle delante de vosotros, desde el fondo de mi alma: “¡Unico Superior!.... ¡Sedlo aquí todo, y nada sea yo sino por Vos!....” En la Edad Media, cuando un señor recibía un feudo de su príncipe, doblaba la rodilla ante él, y colocaba las manos en las suyas; desde aquel momento se constituía en vasallo. ¡Oh Jesús, mi Divino Rey! Vos sois mi Señor feudal, y yo soy vuestro vasallo; dejadme colocar mis manos débiles entre las vuestras tan poderosas, y haced de mí vuestro esclavo, es decir, un hombre sometido á vuestra voluntad, (de la cual no soy, ni quiero ser más que el ministro, el órgano cerca de estos vuestros jóvenes súbditos. Antiguamente, cuando nuestros reyes visitaban alguna de las ciudades de Francia, el primer magistrado se presentaba á las puertas, y le hacía entrega de las llaves. ¡Oh Rey y Señor Nuestro! Tomad las llaves de nuestras puertas, y

que éstas no se abran sino para dejar paso á vuestros amigos y servidores; tomad sobre todo y guardad siempre la llave de nuestras almas. Protegednos del mal, defendednos de los hombres perversos, porque el enemigo nos asedia. Y después, reinad, reinad en nosotros por vuestros beneficios; nosotros os haremos reinar por nuestro reconocimiento.

Tal es nuestra plegaria. Tal es nuestro juramento.

MONSEÑOR BAUNARD

RECUERDOS DE FERNAN CABALLERO

El saber es algo: el genio es más: pero hacer el bien es más que ambos, y la única superioridad que no crea envidiosos.

FERNÁN CABALLERO

.....

En el tiempo en que la conocí, contaba ya Fernán Caballero más de setenta años, y era entonces una viejecita pequeña, que no conservaba más restos de la espléndida hermosura de su juventud, que una boca roja y fresca cual si tuviera quince años, y una dentadura blanca, igual y limpia como las teclas de un piano. Tenía los ojos azules, muy alegres y algo papujados, como los de Santa Teresa: la tez era nacarada, con algunas arrugas; los cabellos, blancos sobre su primitivo color, que era dorado, llevábalos formando cocas, con dos ricitos sobre las sienes, de aquellos que llamaban nenes en tiempos de las peñetas de teja y los trajes de medio paso. Su porte era de gran dama, y sus modales medios, reposados y elegantes. Vestía ordinariamente de negro con gran sencillez, pero con suma pulcritud y esmero. Solía decir: "Las jóvenes se arreglan para parecer bien, y las viejas debemos arreglarnos para no parecer mal." Llevaba siempre y á toda hora, colgado del brazo, un bolsito de tafetán negro, que contenía